

Intervención de la Vicepresidenta del Gobierno, Ministra de la Presidencia y Portavoz en el acto de clausura del I Foro Mundial de la Alianza de Civilizaciones

Señoras y señores.

Con la celebración de este primer Foro de la Alianza de Civilizaciones, este recién inaugurado año 2008 va a ser, sin duda, el año de la consolidación y proyección de una iniciativa ambiciosa que ha sabido sintonizar con un demanda ampliamente compartida en todo el mundo: promover una cultura global de respeto y entendimiento, una cultura que celebre la diversidad como el mayor y mejor activo para el progreso y la convivencia pacífica de los pueblos.

A lo largo de las sesiones de trabajo celebradas estos dos días hemos reiterado la voluntad de eliminar brechas y cesuras entre culturas y civilizaciones.

Hemos reafirmado la convicción de que, frente a todos los extremismos irracionales, la civilización puede ganar si frente a los problemas comunes elige como soluciones el diálogo, la justicia y la solidaridad.

Hemos trabajado para que la esperanza de un mundo de dignidad para cada ser humano sea reconocida y efectiva; no una quimera de soñadores sino una realidad vivida por los más de seis mil millones de moradores del planeta.

Se ha hecho un buen trabajo formulando propuestas concretas y prácticas para realizar los ideales de diálogo y entendimiento que presiden la Alianza.

Gracias a ese esfuerzo, al de estos días y al de las reuniones y encuentros que los han precedido, lo que era un proyecto hace tres años, cuando se lanzó la iniciativa, es hoy una realidad con un prometedor futuro, tal y como atestigua el amplio número de naciones y organizaciones que integran el Grupo de Amigos de la Alianza y el importante conjunto de medidas debatidas y acordadas durante estos días.

Nuestras sociedades, culturas, civilizaciones son intrínsecamente plurales, porque la diversidad es consustancial a lo humano y es la principal fuente de aprendizaje y avance social.

Promover el pluralismo es el mejor antídoto frente a la tentación uniformizadora de quienes se empeñan en construir sociedades monolíticas y cerradas.

El pluralismo de las razones y las creencias, de las formas de vida y los proyectos individuales, es la argamasa con que construimos la convivencia en libertad y respeto. El pluralismo, la diversidad, son la condición misma de la posibilidad del diálogo fructífero. Y sin ese diálogo la conversación cívica es monólogo hueco y empobrecedor, que en lugar de combatir el error a través del contraste de pareceres se limita a escuchar el eco de las propias voces.

Si tomamos en serio la naturaleza diversa y plural de toda construcción humana, si no la ocultamos bajo una pretendida y pretenciosa uniformidad de creencias o cosmovisiones, debemos desechar el llamado "choque de civilizaciones" como una alternativa implausible, porque las civilizaciones no son ni cerradas ni rígidas sino abiertas y porosas.

La historia de la humanidad, su progreso, se ha basado en un continuo contacto e intercambio. La filiación de grandes avances civilizatorios como la escritura, las matemáticas o la imprenta corresponden a diversas culturas y lugares, son fruto de los avances de unas y otras civilizaciones a lo largo del espacio y el tiempo.

Ese legado de respeto a la diversidad, de aprendizaje recíproco y diálogo entre diferentes es el que queremos reafirmar como la mejor garantía de progreso y de paz entre los pueblos.

Tenemos la firme convicción de que es posible potenciar el entendimiento necesario para sostener una ética global sobre la que se erijan los fundamentos de un nuevo orden internacional más justo.

Una ética basada en un marco de valores compartidos, como la igual dignidad de toda persona y el respeto sin excepciones de los derechos humanos.

Una ética que impregne la acción de los Estados tanto en su política exterior como en su política interior. Porque el hecho de la creciente interdependencia global nos obliga a agudizar nuestra sensibilidad hacia todo cuanto ocurre en estos nuevos escenarios creados por la globalización. No como algo "externo", sino como algo más propiamente "interno" a la propia política interior de nuestros países.

En este sentido, es crucial que los principios inspiradores de la Alianza tengan reflejo en nuestras políticas internas a través de Planes Nacionales específicos en los que se articulen medidas concretas de aplicación en distintos ámbitos.

España ha asumido esa responsabilidad aprobando un conjunto de más de cincuenta actuaciones proyectadas sobre las políticas de educación, cultura, juventud, inmigración y cooperación.

Expresamos así nuestro compromiso con la implementación de la Alianza desde la convicción de que la eficacia en el logro de sus objetivos será tanto mayor cuanto más enraizada se encuentre en la acción y la conducta de los miembros de la comunidad internacional.

Pero en esa tarea de tender puentes entre culturas, religiones y civilizaciones, tan importantes como los Estados y las organizaciones internacionales es la sociedad civil. Es preciso que el diálogo intercultural sea una realidad vivida y sentida por los ciudadanos y para ello resulta imprescindible la implicación de los distintos actores sociales en la realización de los valores de la Alianza.

Especialmente, de los medios de comunicación, que conforman la opinión pública. Hay que evitar la presentación sesgada o fundada en estereotipos de las diferencias culturales. Hay que evitar que la reproducción de prejuicios simplificadores alimente la desconfianza y el miedo ante lo diferente. Por eso, las propuestas en materia comunicativa que se han debatido estos días, como la creación de un Mecanismo de reacción rápida, el Centro de información o el Fondo de producción de contenidos audiovisuales, son particularmente relevantes y prometedoras para nuestro futuro compartido.

Porque no sólo es importante actuar sobre las imágenes del presente sino también sobre cómo queremos construir el porvenir, y en esa tarea debemos prestar atención especial a los jóvenes, a sus oportunidades vitales, evitando que caigan en la desesperanza y el resentimiento y promoviendo la mentalidad abierta y la tolerancia.

Por ello, incorporar las políticas de juventud al programa de la Alianza no sólo es un acierto sino que debe ser una prioridad.

Señoras y señores.

Gestionar la convivencia entre culturas es un reto de primer orden en la agenda internacional. Un reto del que depende la seguridad en el mundo, la seguridad de todos.

Y ante ese reto hay que sumar fuerzas, aunar voluntades, hay que concitar puntos de encuentro como el que hoy nos reúne aquí.

La Alianza de Civilizaciones es el mayor esfuerzo realizado hasta ahora por la comunidad internacional para materializar el objetivo último de aumentar los niveles de seguridad en el mundo.

Un objetivo, sin duda, ambicioso, pero posible de alcanzar, si entre todos decidimos recorrer el camino del diálogo y la tolerancia, sin prejuicios y con lealtad.

Por eso lamento profundamente que haya quienes, en lugar de unir su voz al clamor de una ciudadanía que, en todo el mundo, reclama paz y entendimiento, intente denostar y desprestigiar el trabajo de cuantos nos esforzamos por hacer posible que esa paz y ese entendimiento se conviertan en una realidad.

Es lamentable que siga habiendo quienes entienden que robustecer la razón frente al prejuicio, reforzar el diálogo frente a la ignorancia y fortalecer la paz frente a la confrontación, es luchar contra corriente. Muy al contrario, estoy convencida de que es precisamente por esta senda por la que debemos transitar. Porque hacerlo es una obligación ética y política si queremos construir un futuro mejor para todos y en el que todos tengamos cabida.

Cada uno ocupa en el mundo el lugar que elige y, nosotros sabemos bien dónde está el nuestro, del lado de quienes apuestan por la paz frente a la guerra y del lado de quienes creen que la fuerza del diálogo y la razón está muy por encima de la incomunicación y la sinrazón.

Sabemos del lado del que estamos y sabemos qué queremos.

Queremos superar la artificialidad de las divisiones irreconciliables porque el mundo es uno, no sólo como una realidad física, sino también como resultado de un milenar proceso de intercambios, contactos e interdependencias.

Queremos que los valores que compartimos hagan confluír los intereses que puedan separarnos.

Queremos que el reconocimiento de las diferencias pueda convertirse también en la marca de una identidad común.

Estoy convencida que la Alianza constituye un elemento fundamental en la construcción de relaciones de amistad entre las naciones, el desarrollo y el estímulo del respeto de los derechos humanos y libertades fundamentales de todos y el fortalecimiento de la paz universal.

Ese es nuestro empeño, y en su consecución hemos dado hoy un gran paso. España, como país copatrocinador de la Alianza y firmemente comprometido con sus principios, va a seguir apoyando activamente todas sus iniciativas y propuestas como auténtica política de Estado.

Muchas gracias.